

La curación

El sol de enero calienta los ventanales de la sala de espera del hospital.

Dionisia, con su hijo prendido al pecho se abanica con un viejo monedero de plástico, porque en el ambiente sofocante, viciado de sudores rancios y orinas de pañales, el aire permanece estancado. Dos niños juegan arrastrándose por el piso y una anciana custodia sobre su falda recetas ajadas por el tiempo, en algún lugar un bebé rompe a llorar y Dionisia cierra los ojos cansada de tanta espera.

Toda la noche había remado su hombre desde muy adentro de las Islas.

Cuando Juan regresó de colocar las trampas, ella lo estaba esperando en la barranca del río porque el niño había empeorado.

“Ojeadura” - Dijo la abuela escupiendo en el piso de tierra-.

“mal de ojo”. “Engualichado”; todas las posibilidades se dijeron como si nombrarlas fuera el conjuro. Sumido en un letargo el pequeño yacía en su cuna y de vez en cuando un chillido de dolor alborotaba a los perros que salían desorientados a ladrar al monte.

El padre vistió sus mejores ropas, sacó el agua del piso de la canoa y comenzó a remar llevando a su mujer y al niño acurrucados en la proa; al caer la noche solo el grito del chajá señalaba su rumbo de laberinto entre zanjones y al amanecer atracaba en los suburbios del poblado.

En silencio caminaron hacia la parte más alejada del rancherío y en uno de ellos golpearon las manos, un cusco blanquecino, echado a la sombra de un tártago, ladró alarmado y del oscuro interior del rancho una voz le ordenó callar.

Avanzaron cohibidos y esperaron en el patio hasta que apareció una vieja que caminaba encorvada apoyándose en un bastón de Tala.

-¿ Qué te anda pasando hijita?- preguntó con voz clara.

- Traigo el nene enfermo señora.- respondió presurosa Dionisia.

- Vení, vamos a sentarnos a la sombra- dijo la curandera apartando una gallina con su vara y sentándose en una silla de paja, recibió al niño sobre su falda y con suavidad fue apartando las ropas que lo cubrían.

Dionisia buscaba sus ojos debajo de un pañuelo negro que cubría su cabeza hasta las cejas, desde donde una nariz aguileña partía en dos una cara surcada por las arrugas. No pudo contener su ansiedad y preguntó en voz baja: -¿ qué tiene señora?

- Se está secando pobrecito-. Mirá esta marca de pezuñas en su colita: es la pata de cabra.

Largo tiempo inclinaron las dos mujeres sus cabezas sobre el enfermo, mientras el padre, apartado bajo un sauce llorón, escuchaba un murmullo de letanías que no alcanzaba a comprender. En el silencio de la mañana resonó el reclamo de un pájaro y un mugido lejano pareció responderle.

Cuando la anciana terminó sus conjuros le dijo:- te lo voy a curar, pero tenés que llevarlo al hospital, porque los médicos me andan persiguiendo y si se enteran que lo estoy curando me van a denunciar a la policía. Andá tranquila que Dios está con nosotros-.

-Jacinto Capiaki...- el nombre de su hijo la sobresalta y entra al consultorio sintiendo el desordenado latir de su pecho.

Un médico inclinado sobre su escritorio consulta unos papeles y una enfermera gorda con cara de aburrida acomoda en una vitrina con estantes de vidrio, instrumentos que suenan con perversos tintineos metálicos.

Olvidada bajo una luz intensa que blanquea las paredes, Dionisia aguarda de pie, sintiendo que la funda blanca de la camilla salpicada de manchas y el olor a desinfectante le producen una desolada opresión. El médico levanta la cabeza y carraspea y como si fuese una señal la enfermera se dirige hacia ella.

-Acostalo en la camilla y sacale la ropita madre- recita en voz alta.

El doctor revisa cuidadosamente a su hijo mientras le hace preguntas, pero al terminar no entiende las explicaciones, solo que tiene que internarlo.

Entonces comienza a vivir un mundo de cuya realidad se siente excluida. Como en el cine las cosas suceden frente a sus ojos y ella solo puede esperar, mirando a su bebé estaqueado en la cuna.

"Que no mueva el bracito señora, Porque si se rompe esa venita tendremos que buscar otra ".Y las venitas se rompían dejándole un sentimiento de culpa.

Los pinchazos en la colita se sucedían con cruel regularidad y el día que punzaron su mollerita vomitó.

Varado en un sopor al que solo las inyecciones arrancan débiles gemidos, su Jacintito es una vela cuyo pabito se apaga.

Pero esa noche, cuando el cansancio vence su vigilia y flota en el letargo de un sueño, llega la anciana, con el susurro de su larga pollera, taconeando su bastón por los pasillos desiertos, pone la mano sobre la cabecita del niño y Jacinto despierta y sonríe. Entonces Dionisia se anima a preguntar y todas sus interrogantes son respondidos en el lenguaje simple y claro y la vieja curandera escucha con paciencia sus temores y los miedos no vuelven, porque se quedan con ella. Recuerda todas las preguntas que alguna vez quiso hacer sobre la enfermedad, el dolor y la muerte y la anciana las va contestando con voz cuchicheada, como en el confesionario.

Al llegar el alba se va y desde ese momento Dionisia tiene la certeza de que su hijo curará. Varias noches la espera despierta, Pero es en vano, solo en la duermevela de la madrugada llega con el amortiguado golpetear de su bastón. El pequeño comienza a mejorar.

Lentamente se llena su carita flaca y la vida se afirma en el brillo de sus ojitos hundidos.

Una noche en que juntas lo miran dormir, presiente que la anciana no volverá y quitándose el anillo de casamiento, su tesoro máspreciado lo coloca en un dedo de la curandera a pesar de sus protestas. Al despertar, mira su dedo vacío y el círculo blanco sobre su piel oscura le parece el signo de un pacto secreto.

Días después, el médico hojeando la historia clínica le dice:

- Su hijo está curado señora. Debe traerlo todos los meses. Y dándose vuelta sigue recorriendo las camas.

La luminosidad del cielo llena de lágrimas sus ojos y aspira el aire cálido como si emergiera de un largo encierro.

Caminan presurosos hacia el río y cuando el bote se aleja por el cauce, Dionisia ve sobre la barranca una anciana levantando el brazo en señal de despedida y de su mano surge un destello dorado.